

www.elboomeran.com

YANN MARTEL

LAS ALTAS MONTAÑAS DE PORTUGAL

TRADUCCIÓN DE JULIA OSUNA AGUILAR

MALPASO

BARCELONA | MÉXICO | BUENOS AIRES | NUEVA YORK

*Para Alice, Theo, Lola, Felix y Jasper:
la historia de mi vida.*

PRIMERA PARTE

SIN CASA

Tomás decide ir andando.

Desde su modesto piso de la Rua São Miguel en el malfamado barrio de Alfama hasta el palaciego palacete de su tío en la adinerada y ajardinada Lapa hay un buen paseo por casi toda Lisboa. Puede tardar fácilmente una hora. Pero la mañana ha irrumpido soleada y tibia y la caminata le calmará los nervios. Además, sólo tiene que llevarse a sí mismo porque Sabio, un criado de su tío, pasó ayer a recoger su maleta y el baúl de madera que contiene los documentos necesarios para su misión en las Altas Montañas de Portugal.

Se palpa el bolsillo superior de la chaqueta. Tiene allí el diario del padre Ulises envuelto en un paño. Ha sido un necio al llevarlo encima con tanta ligereza. Perderlo sería una catástrofe. Si tuviera una pizca de sensatez, lo habría dejado en el baúl, pero esa mañana necesita una dosis complementaria de apoyo moral, como siempre que va a casa de su tío.

Pese al nerviosismo, recuerda que debe prescindir de su bastón habitual y coger el que le regaló su tío. El puño es de marfil y la caña de caoba africana, pero lo más insólito es el espejito redondo que sobresale a un lado, justo por debajo del mango. Es ligeramente convexo, de modo que la imagen que refleja es muy ancha. En cualquier caso, ese espejito no tiene utilidad alguna, se trata de una idea fallida, pues, por naturaleza, un bastón está en movimiento constante cuando se usa y, en consecuencia, la imagen que refleja el espejo será demasiado temblorosa y fugaz para ser de provecho. Pero ese vistoso bastón es un regalo hecho de encargo y Tomás lo lleva siempre que visita a su tío.

Baja por la Rua São Miguel hasta el Largo São Miguel, sigue luego por la Rua de São João da Praça y dobla entonces por Arco de Jesus: el apacible callejeo del viandante que atraviesa una ciudad que conoce de toda la vida, una ciudad de belleza y bullicio, comercio y cultura, desafíos y recompensas. Al pasar por el arco, lo asalta el recuerdo de Dora, que sonríe y alarga una mano para tocarlo. El bastón le es entonces de gran ayuda porque esas evocaciones siempre lo desequilibran.

—Me he echado un novio rico —le dijo ella en cierta ocasión, ambos tendidos en la cama de su piso.

—Mucho me temo que no —le contestó él—. El rico es mi tío. Yo sólo soy el hijo pobre de su hermano pobre. Mi padre fue tan desafortunado en los negocios como afortunado ha sido el tío Martim, justo en la proporción inversa.

Nunca lo había comentado con nadie ni había hablado tan abierta y francamente de la accidentada trayectoria de su padre, de esos planes empresariales que se desmoronaban uno tras otro dejándolo cada vez más endeudado con su hermano, ese hermano que siempre acudía al rescate. Pero a Dora podía revelarle ese tipo de cosas.

—¡Bah! Eso es lo que tú dices, pero los ricos siempre tienen guardadas secretas llenas de dinero.

Tomás rio.

—¿Tú crees? Nunca me ha parecido que mi tío se muestre reservado respecto a su fortuna, pero si es verdad, si tan rico soy, ¿por qué no te casas conmigo?

La gente lo mira al pasar. Algunos le hacen comentarios, con sorna los menos, la mayoría con buenas intenciones.

—¡Cuidado, no vaya a tropezar! —le dice preocupada una mujer.

Está acostumbrado a llamar la atención; más allá de un cabeceo sonriente para los bienintencionados, él se desentiende.

Paso a paso, va abriéndose camino hacia Lapa, con ágiles zancadas, pie que levanta en alto, pie que baja con aplomo. Unos andares gráciles.

Pisa una monda de naranja, pero no resbala.

No repara en un perro dormido, pero el tacón logra esquivar la cola en el último momento.

Tropieza al bajar por una escalera en curva, pero, como va agarrado a la barandilla, no le cuesta recobrar el equilibrio.

Y otros percances menores por el estilo.

A Dora se le borró la sonrisa cuando él le habló de matrimonio. Así era ella: pasaba del desenfado a la seriedad más absoluta en cuestión de segundos.

—No, tu familia te repudiaría. La familia lo es todo, no puedes darles la espalda a los tuyos.

—Mi familia eres tú —contestó él mirándola a los ojos; Dora sacudió la cabeza.

—No, no es verdad.

Sus ojos, aliviados en gran medida de la carga que supone dirigir sus pasos, se relajan en las cuencas como dos pasajeros echados en las tumbonas de popa de un barco. En lugar de inspeccionar continuamente el terreno, lo contemplan todo como si se tratara de una ensoñación. Advierten las formas de las nubes y los árboles. Siguen veloces a los pájaros. Se fijan en cómo resopla un caballo que tira de una carreta. Observan detalles arquitectónicos en los que no habían reparado antes. Observan el bullicio del tráfico por la Rua Cais de Santarém. Después de todo, debería ser una delicia pasear en esta agradable mañana de finales de diciembre de 1904.

Dora, la hermosa Dora. Servía de criada en casa de su tío. Tomás ya se fijó en ella en la primera visita que hizo después de que la contrataran. Le costaba horrores quitarle los ojos de encima, sacársela de la cabeza. Se esforzaba en mostrarse especialmente cortés con ella o en trabar breves conversaciones

sobre una cuestión menor tras otra. Aquello le permitía seguir mirando su delicada nariz, sus brillantes ojos castaños, sus dientecitos blancos, su forma de moverse. De la noche a la mañana se convirtió en un visitante asiduo. Recuerda con exactitud el momento en que Dora comprendió que no le hablaba como criada, sino como mujer. Sus ojos alzaron el vuelo en busca de los suyos, sus miradas se cruzaron por un instante y entonces ella dio media vuelta... pero no sin antes arquear una comisura de los labios en una sonrisa cómplice y fugaz.

Sintió entonces que algo grande se desataba en su interior y las barreras de clase, de posición social, de lo totalmente improbable e inadmisibile se volatilizaron. En la siguiente visita, al darle su abrigo, sus manos se rozaron y ambos se recrearon en aquella caricia. A partir de ahí los acontecimientos se precipitaron. Hasta la fecha sólo había tenido relaciones íntimas con un puñado de prostitutas, encuentros que se iniciaban con una tremenda excitación y acababan con una tremenda desolación. Siempre salía huyendo, avergonzado de sí mismo y jurando no volver a caer. Con Dora, en cambio, sentía una tremenda excitación que acababa con una tremenda excitación. Ella, apoyada la cabeza sobre él, jugueteaba con el poblado vello de su pecho. Tomás no sentía el más mínimo deseo de huir.

—Cásate conmigo, cástate conmigo —le rogó—. Yo seré tu fortuna y tú la mía.

—No, sólo conseguiríamos ser pobres y vivir marginados. Tú no sabes lo que es, pero yo sí y no quiero que pases por eso.

El pequeño Gaspar nació en medio de ese *impasse* amoroso. Si no hubiese sido por los enérgicos ruegos de Tomás, a Dora la habrían despedido nada más descubrirse que estaba embarazada. El único que lo apoyó fue su padre, que lo animó a vivir su amor por Dora, pero no así su tío, cuyo silencio delataba que todo aquello era una deshonra para la familia. A ella la relegaron a tareas invisibles en las profundidades de la cocina. Gaspar

vivió en el hogar de los Lobo con la misma invisibilidad, amado en la invisibilidad por su padre, que a su vez amaba en la invisibilidad a su madre.

Tomás los visitaba todo lo que el decoro permitía. Los días que libraba, Dora llevaba a Gaspar a Alfama. Iban los tres al parque y ellos dos se sentaban en un banco y veían jugar al crío. Esos días eran como cualquier pareja normal y corriente. Él estaba enamorado y feliz.

Al pasar por una parada, ve subir un tranvía traqueteando en sus raíles, un novedoso transporte de apenas tres años de antigüedad, eléctrico y pintado de un amarillo reluciente. Trabajadores de las afueras corren para montarse mientras otros trabajadores se apresuran a apearse. Los esquivan a todos... salvo a uno, con el que choca. Tras una interacción rápida en la que se intercambian y aceptan disculpas, prosigue la marcha.

Hay varios adoquines levantados en la acera, pero los sorteas con soltura.

Choca con la pata de la silla de un café. Un golpe de nada.

La muerte se llevó a Dora y Gaspar con un golpe implacable tras otro mientras el médico al que había llamado su tío desplegó en vano su saber. Al principio, garganta irritada y cansancio, luego fiebre, escalofríos, molestias, dolor al tragar, respiración laboriosa, convulsiones, una enajenación mental de ojos desorbitados y ahogos... hasta que se rindieron, sus cuerpos tan grises, retorcidos y tiesos como las sábanas en las que se habían revuelto. No se apartó de su lado ni un instante. Gaspar tenía cinco años y Dora veinticuatro.

De la muerte de su padre a los pocos días no fue testigo. Estaba en la sala de música de la mansión de los Lobo, en silencio pese la compañía de un primo suyo, petrificado por el duelo, cuando su tío entró con cara lúgubre.

—Tomás —le dijo—, te traigo una noticia nefasta. Silvestro... tu padre, ha muerto. He perdido a mi único hermano.

Aunque aquellas palabras eran meros sonidos en sus oídos, Tomás sintió un aplastamiento físico, como si le hubiera caído encima un gran peñasco, y rompió en lamentos de animal herido. ¡Su padre, ese oso adorable! ¡El hombre que lo había criado y le había permitido soñar!

En el transcurso de una semana —Gaspar murió un lunes, Dora ese mismo jueves y su padre el domingo—, el corazón se le deshizo como un capullo que se abre. Pero no salió de él mariposa alguna, sino una polilla gris que se afincó en la muralla de su alma y no volvió a aletear.

Hubo dos funerales: uno humilde por una criada de provincias y su hijo ilegítimo y otro fastuoso por el hermano pobre de un rico cuyo fracaso material tuvieron la discreción de no mencionar.

Al bajar un bordillo, no ve que se aproxima un simón, pero el grito del cochero lo pone sobre aviso y se apresura a apartarse de la trayectoria del caballo.

Pasa rozando a un hombre que está de espaldas. Levanta la mano y le dice:

—Perdone usted.

El hombre, cordial, se encoge de hombros restándole importancia al incidente y sigue con la mirada a Tomás mientras éste se aleja.

Paso a paso, volviendo la cabeza a cada tanto para otear por encima del hombro y ver qué aguarda delante, así se abre camino hasta Lapa andando de espaldas.

«¿Para qué? ¿Por qué lo haces? ¿Por qué no puedes caminar como una persona normal? ¡Ya basta de disparates!», le ha gritado su tío en más de una ocasión. A modo de respuesta, Tomás ha logrado urdir buenos argumentos para defender su forma de andar. ¿Acaso no tiene más sentido encarar los elementos —el viento, la lluvia, el sol, los ataques de los insectos, el abatimiento de los desconocidos, la incertidumbre del futuro— con

el escudo que es la nuca propia, la espalda de la chaqueta, los fondillos del pantalón? Son nuestra protección, nuestra armadura. Están hechos para soportar los caprichos del destino. Por lo demás, cuando caminas de espaldas, las partes más delicadas —la cara, el pecho, los detalles atractivos de la vestimenta— quedan guarecidas del mundo cruel que tienen por delante y sólo las muestras cuando quieres y a quien quieres con un simple giro voluntario que disipa de golpe tu anonimato. Por no mencionar argumentos de carácter más atlético... ¿Qué hay más natural que bajar una cuesta de espaldas, sostiene? Los antepiés se apoyan con agilidad y delicadeza a partes iguales, lo que permite que los músculos de las pantorrillas calibren con mayor precisión la contracción y el estiramiento. Como consecuencia, el movimiento de bajada es elástico y no requiere esfuerzo. Y, en caso de tropezar, ¿qué puede haber más seguro que hacerlo de espaldas, con unas posaderas mullidas para amortiguar la caída? Siempre es mejor que doblarse la muñeca al trastabillar hacia delante. Además, tampoco se obstina en exceso: Tomás hace excepciones cuando, por ejemplo, tiene que subir alguna de las largas y sinuosas escaleras de Alfama o cuando va con prisa.

Su tío despacha todas estas justificaciones con un gesto de impaciencia. Martim Augusto Mendes Lobo es un hombre de éxito impaciente. Con todo, sabe bien por qué su sobrino camina de espaldas, pese a sus airados interrogatorios y las esquivas explicaciones de Tomás, que lo escuchó un día hablar con una de sus visitas. El mero hecho de que su tío bajara la voz hizo que aguza-ra el oído.

—...una escena de lo más ridícula —decía su tío a media voz—. Imagínese: tiene delante, o sea, detrás, una farola. Llamo a mi secretario, Benito, y nos quedamos mirando fascinados pero en silencio, nuestras mentes acuciadas por la misma pregunta: ¿chocará mi sobrino con la farola? Entonces aparece un transeúnte

por la otra punta de la calle. El hombre ve que Tomás avanza hacia él de espaldas. Por su forma de ladear la cabeza comprendemos que el curioso avance de mi sobrino ha llamado su atención. Y yo sé por experiencia que se producirá algún tipo de encuentro: ese hombre hará alguna observación, soltará alguna broma o, como mínimo, lanzará una mirada alucinada al verlo pasar. Como no podía ser de otra forma, pocos pasos antes de que Tomás llegue a la altura de la farola, el hombre acelera la marcha y lo detiene con una palmadita en el hombro. Mi sobrino se vuelve y Benito y yo no escuchamos lo que dicen, pero sí podemos ver los ademanes: el desconocido señala la farola y Tomás sonríe, asiente y se lleva una mano al pecho en señal de agradecimiento. El hombre sonríe a su vez. Se estrechan la mano. Se despiden con un gesto y se va cada uno por su lado, el hombre calle abajo y Tomás (que da media vuelta y sigue avanzando de espaldas), calle arriba. Después rodea la farola sin el menor problema.

»¡Pero espere, que no queda ahí la cosa! A los pocos pasos, el otro vuelve la cabeza hacia Tomás y cuál no será su sorpresa al ver que sigue andando de espaldas. La preocupación se le dibuja en la cara (“¡ajo, puede tener un accidente si no se anda con cuidado!”), aunque también un asomo de vergüenza porque tiene a Tomás de frente y lo ha visto volverse para mirarlo y todo el mundo sabe que es de mala educación quedarse mirando, de modo que el hombre se apresura a girar la cabeza para volver a avanzar de cara, pero ya es demasiado tarde: ese hombre choca contra la siguiente farola. La golpea como el badajo la campana. Benito y yo entornamos los ojos como por instinto, casi en solidaridad. Tambaleándose, el hombre contrae el gesto y se lleva las manos a la cara y el pecho. Tomás corre a auxiliarlo... ¡y corre de frente! Y creería uno que su paso frontal será normal, pero nada más lejos de la realidad: sus andares carecen de vida, da zancadas grandes y largas, el torso avanzando en línea recta, con la fluidez de una correa mecánica.

»Se produce un nuevo intercambio de palabras entre ambos hombres; Tomás expresa gran preocupación, el hombre agita una mano como quitándole hierro al asunto, pero no aparta la otra de la cara. Mi sobrino recoge del suelo el sombrero del desconocido. Con un segundo apretón de manos y otra despedida muda, el pobre hombre se aleja dando tumbos. Tomás, Benito y yo nos quedamos viendo cómo se va. Hasta que el hombre no dobla la esquina, mi sobrino no reemprende la marcha con su característico paso hacia atrás, pero sin duda alguna el incidente lo ha desconcertado porque ahora sí choca de plano contra la farola que tan diestramente había esquivado apenas un minuto antes. Se da la vuelta para fulminarla con la mirada sin dejar de frotarse la nuca.

»Pero da igual, Fausto, él persiste. No importan los cabezazos que se dé, no importan las veces que caiga: él sigue andando de espaldas —Tomás oyó la risa de su pariente seguida por la del amigo Fausto, pero su tío continuó con ánimo más sombrío—. Todo empezó cuando su hijo, el pequeño Gaspar, murió de difteria. Tuvo al crío con una sirvienta mía, sin estar casados. Y ella murió de lo mismo. El destino quiso que mi hermano, Silvestro, cayese fulminado poco después, en pleno día, sin terminar la frase que estaba diciendo. Ya se había quedado huérfano de madre siendo pequeño. ¡Y va y pierde también a su padre! ¡Cómo se ha cebado con él la tragedia! Hay gente que no vuelve a reír, otros se refugian en la bebida... A mi sobrino le ha dado por andar de espaldas. Ya hace un año. ¿Cuánto puede durar este duelo estrafalario?

Lo que su tío no comprende es que, al caminar hacia atrás, de espaldas al mundo y a Dios, no está de duelo. Está oponiéndose. Porque, cuando te arrebatan todo lo que quieres en esta vida, ¿qué más puede uno hacer aparte de oponerse?

Da un rodeo. Deja atrás la Rua Nova de São Francisco y empieza a remontar la Rua do Sacramento. Ya casi ha llegado. Al

volver la cabeza para otear por encima del hombro —recuerda que hay una farola más adelante—, alza la vista hacia la parte trasera de la majestuosa residencia de su tío, con sus cornisas recargadas, sus molduras intrincadas y sus imponentes ventanales. Se siente observado y vislumbra entonces una silueta en la ventana esquinera de la segunda planta. Es la estancia que alberga el despacho, seguramente se trate de su tío Martim, de modo que vuelve de nuevo la cabeza y se esfuerza por andar con seguridad, cuidándose de sortear la farola. Sigue la tapia que rodea la propiedad de su tío hasta llegar a la verja de entrada. Se gira sobre los talones para llamar al timbre, pero deja la mano suspendida en el aire. La retira. Aunque sabe que su tío lo ha visto y está esperándolo, se demora. Saca entonces el viejo diario de cuero del bolsillo superior de la chaqueta, desenvuelve el paño de algodón, apoya la espalda contra la tapia y se escurre por ella hasta quedarse sentado en la acera. Mira la cubierta del libro.

*Vida escrita
e instrucciones para la ofrenda
del padre Ulisses Manuel Rosario Pinto,
humilde siervo del Señor*

Tomás está más que familiarizado con el diario del padre Ulisses, se sabe fragmentos enteros de memoria. Lo abre por una página al azar y lee:

Cuando se acercan a la isla para descargar su mercancía, los barcos negros tienen muchas cuentas y limpiezas que hacer. Con el puerto ya a la vista, arrojan por la borda un cuerpo tras otro, a babor y estribor, algunos flácidos y maleables, otros gesticulando mínimamente. Son los muertos y los enfermos graves, desechados los primeros por no tener ya valor y los segundos por miedo a que la enfermedad que los aflige, sea cual sea, pueda propagarse y quitarle valor al resto. En ocasio-

nes, el viento trae a mis oídos los gritos de los esclavos moribundos cuando protestan por su expulsión del barco, así como el sonido de las salpicaduras de los cuerpos al impactar contra el agua. Van a desaparecer en el concurrido limbo que es el fondo de la Bahía de Ana Chaves.

La casa de su tío es también un limbo de vidas inacabadas, interrumpidas. Cierra los ojos. La soledad lo ronda como un perro husmeador. Lo cerca, insistente, y él intenta echarla pero ella se niega a dejarlo en paz.

Encontró el diario del padre Ulises a las pocas semanas de que su vida se malograra sin remedio. El hallazgo fue fruto de una casualidad derivada de su trabajo en el Museo Nacional de Arte Antiguo, donde es ayudante de conservación. El cardenal patriarca de Lisboa, José Sebastião de Almeida Neto, acababa de donar al museo objetos tanto religiosos como seculares cosechados durante siglos por todos los rincones del imperio portugués. En cuanto el cardenal Neto dio su permiso, Tomás fue por cuenta del museo a investigar en los archivos episcopales de la Rua Serpa Pinto, con la idea de establecer el origen exacto de esas hermosas piezas, la historia de cómo un altar, un cáliz, un crucifijo o un salterio, un cuadro o un libro, habían acabado en manos de la diócesis de Lisboa.

No se encontró con archivos precisamente ejemplares. Saltaba a la vista que los sucesivos secretarios de los distintos arzobispos de Lisboa no habían hecho excesivo hincapié en algo tan mundano como organizar miles de papeles y documentos. Fue en una de las repisas dedicadas al patriarcado del cardenal José Francisco de Mendonça Valdereis —patriarca de Lisboa entre 1788 y 1808—, en un cajón de sastre al que habían dado el desenfadado título de *Miudezas* (Menudencias), donde advirtió la presencia de aquel volumen cosido a mano y encuadernado en cuero marrón, el título manuscrito legible pese a las manchas de decoloración.

¿Qué vida era aquélla, qué ofrenda?, se había preguntado. ¿Qué eran esas instrucciones? ¿Quién sería aquel padre Ulisses? Cuando consiguió abrir el volumen, el lomo sonó a crujir de vértebras. La letra manuscrita explotó con una frescura pasmosa, la tinta negra en un fuerte contraste con el color marfil del papel. La bastardilla escrita con pluma de ave era de otra época. Los bordes de las páginas apenas estaban coloreados de amarillo sol, señal de que habían visto poca o ninguna luz desde que se escribieran. Dudaba de que el cardenal Valdereis hubiera llegado a leer el volumen; es más, la ausencia de notas adjuntas en la cubierta o el interior —ni un número de catálogo, ni una fecha ni un comentario del archivero— y de toda referencia al libro en el repertorio lo dejó con la viva impresión de que nadie lo había leído jamás.

Examinó la primera página y se encontró con una entrada precedida de un lugar y una fecha: «Luanda, 17 de septiembre de 1631». Volvió las hojas con cuidado. Las fechas fueron sucediéndose. El último año que aparecía, sin día ni mes, era 1635. Un diario, pues. Fue fijándose en las referencias geográficas dispersas aquí y allá: «las montañas de Bailundo», «las montañas de Pungo Ndongo», «la antigua ruta de Benguela»... denominaciones que parecían remitir a la Angola portuguesa. El 2 de junio de 1633 asoma un nuevo topónimo, el de São Tomé, la pequeña colonia insular situada en el Golfo de Guinea: «Esa mota de caspa caída de la cabeza de África, a largos días al norte por la húmeda costa de este continente hediondo». Su mirada recayó en una frase escrita unas semanas más tarde: «Isso é minha casa» (ésta es mi casa). Pero no aparecía una única vez, sino que las palabras ocupaban toda la página; una hoja rellena de la misma frase breve, en letra apretada y líneas que subían y bajaban como pequeñas olas: «Ésta es mi casa. Ésta es mi casa. Ésta es mi casa». Paraban entonces en seco y venía a sustituir las una prosa por lo general prolija, pero sólo para aparecer po-

cas páginas después, cubriendo media página: «Ésta es mi casa. Ésta es mi casa. Ésta es mi casa». Y, de nuevo, más adelante, otra página y cuarto: «Ésta es mi casa. Ésta es mi casa. Ésta es mi casa».

¿Qué quería decir? ¿Por qué esa repetición enloquecida? Acabó hallando una posible respuesta en una hoja donde aparecía la misma reiteración —casi dos páginas seguidas— con una única diferencia: un vertido final, indicio de que la frase llevaba una elipsis que el autor completaba en su cabeza: «Ésta es mi casa. Ésta es mi casa. Ésta es mi casa, donde el Señor me ha puesto hasta que me lleve a su seno». El padre Ulises, parecía evidente, era presa de una aguda nostalgia.

Tomás encontró en otra página un dibujo peculiar: el esbozo de una cara. Salvo por los ojos apesadumbrados, dibujados con gran meticulosidad, los rasgos estaban bosquejados a mano alzada. Pasó varios minutos contemplándolo. Se zambulló en su tristeza. Y se le arremolinaron en la cabeza los recuerdos de la pérdida aún reciente de su hijo. Al salir ese día de los archivos, escondió el diario entre los papeles inocuos de su maletín. No se engañó sobre su propósito: no se trataba de un préstamo informal, aquello era un robo puro y duro. Después de doscientos cincuenta años ignorando el diario del padre Ulises, los archivos episcopales de Lisboa no lo echarían de menos y, naturalmente, él quería tomarse su tiempo para estudiarlo debidamente.

En cuanto halló un hueco, empezó a leer y a transcribir el diario. Fue un proceso lento. La letra iba desde lo perfectamente legible hasta las marañas de tinta que lo obligaban a discernir que tal o cual garabato correspondía a tal sílaba, mientras que el pintarrajo de más allá representaba tal otra. Lo llamativo era que la escritura, medida al inicio, iba degenerando de manera manifiesta. Las páginas finales eran casi indescifrables, con puñados de palabras que se resistían a todos sus esfuerzos.